





EN LAS AFUERAS



César La Iglesia Sevil

EN LAS AFUERAS



Primera edición: junio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© César La Iglesia Sevil

ISBN: 978-84-17362-54-6

ISBN digital: 978-84-17362-55-3

Depósito legal: M-11020-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Eduardo,
guardián del camino, jardín radioactivo, amigo.*

*A mis sobrinos: HUGO, MARTINA y NICO,
DAD lo mejor de vosotros y no miréis atrás.*



En principio fue el dolor (nace el cantar del vivir)
Y el dolor vivo es vivir
Pero pregunto por qué habrá sido preciso el dolor para cantar
El morir para estar vivo

José Hierro (*Cuanto sé de mí*, 1957).



EN LAS AFUERAS

Allí estaba Mario, en aquel baño de carretera donde los objetos sanitarios alcanzaban un grado sabiamente estudiado y consentido de suciedad que le hacían sentir lo suficientemente incómodo como para no dejarle actuar con sosiego, pero tampoco le permitían renunciar a su uso y salir corriendo, espantado. Estaba atrapado en ese extraño olor a limpieza corrupta, a desinfectante abatido, y no se permitía imaginar su estado horas más tarde. Su miedo incorregible había encontrado el lugar habitual donde materializarse.

Había en él una defensa casi infantil que no le dejaba pensar cómo las personas ensucian esos lugares y qué motivos les arrastran a emponzoñar sin ser vistos. Siempre hacía esfuerzos para apartar esa ruta de pensamiento. No era un juicio adulto y cívico, estaba muy lejos de serlo. Era un sentimiento mucho más difuso y vulnerable. Como el de un niño que nunca quiere reconocer que sus mayores sean tan perversos como para reprender aquello que luego ellos hacen y, entonces, tras la comprobación, su mundo se tambalea. Tenía que ser por un error de cálculo y la inevitable huida, por simple vergüenza. No podía ser dejadez y mucho menos intención. Simplemente no podía ser.

No sabía por qué había lugares así y las gentes los aceptaban y los *malusaban*. Lugares que les hacían menos emocionales, más amorfos. Creía Mario que acostumbrarse a ellos o, lo que era peor, no sentir nada allí adentro, era signo de haber muerto en vida. «No importa lo que allí escondas ni lo que hagas fuera de él. Lo que te distinguía de los demás se fue por el desagüe en alguna de las in-

curSIONES a estos lugares infames», se decía a sí mismo, y pensaba: «esto es lo más horrible».

Sus sentimientos giraron con rapidez hacia el temor de los baños que vendrían las próximas fechas y trató de autoconvencerse que tocaría el día, o muchos de ellos, en que tuviera que morir un poco y que no le debería importar. Un día, otro día y otro y otro y otro más. Quizás, tal vez, habría uno en que hubiera suerte y compensara a los anteriores, aunque solo fuera uno... Sabía que ese iba a ser uno de los sufrimientos que le esperaban y era de los peores porque no se lo podía arrancar.

Allí estaba, en aquel baño de carretera. Pero en ese día no entró como otras veces a renunciar a la parte que quedaba de su maltrecha sensibilidad. Ese día entró por otro motivo, con otros fines. Entró disfrazado de sí mismo para salir disfrazado de otro, al que conocía menos. Estaba asustado ante tanta incertidumbre que se había buscado. Y esto era lo peor; si por lo menos fuera algo que no dependiera de su intención... Pero es que había sido él, solo él se había arrastrado hasta ese lugar y ahora no había vuelta atrás.

Hacía dos o tres horas que se levantó allí, en su ciudad, con la sensación de no pertenecer a su pasado y de dar un paso fuera de sí, tan apenas perceptible. Como si su cuerpo se hubiera detenido una fracción de segundo y su mente no. Escasamente nada, apenas un instante, lo suficiente para no ser entendido.

Ese hueco mínimo era lo bastante poderoso como para no permitirle sentir como antes.

Y no era gran cosa en apariencia, porque no sentía más, ni mejor, solo que ese desfase le permitía entender las emociones como si no fueran suyas y a su vez estas sentían sus pensamientos y no lo que las provocaba. No se estorbaban, no se solapaban, se miraban brevemente como dos seres que se cruzan en algún lugar y saben que se conocen. No recuerdan ni cuándo, ni dónde, ni cómo, pero es algo seguro. Se conocen y con un solo golpe de mirada lo entienden todo y se lo dicen sin palabras, aunque luego todo se desvanezca con la rutina de los pasos que los alejan.

A partir de esos momentos cada paso y decisión iban por delante de Mario, como si alguien las hubiera puesto ahí de antemano y... «he debido ser yo», pensó, «pero hace tan poco, que no lo recuerdo». Y desde ese mismo instante se dedicó a buscar lo que sus pobres emociones solían bloquear con perseverancia de creyente devoto.

Por eso cruzó el primer puente, allá en su ciudad, a las nueve y dos minutos de la mañana, muy pausado, con la bicicleta en la mano. Y sobre él pesaba ese gesto regio, displicente y algo infantil como si fuera la más importante decisión que había tomado jamás: algo tan simple como no salir de casa ya cambiado de ciclista y montado en la bici. Era un gesto curioso y muy intencionado, como queriendo respetar el itinerario que se había marcado desde una perspectiva casi fervorosa. «Fervor yo, qué cosas...», murmuró para sus adentros intentando acallar los primeros nervios paralizantes de la mañana cuando caminaba sobre el Puente de Santiago.

Ese puente que había cruzado infinidad de veces a lo largo de su vida. Cuando era pequeño, en el microbús que tenía una panza enorme en su interior, cubierta de una especie de manta de cuero con formas romboidales de las que salían ruidos que le atraían en la misma medida que le asustaban. Por eso le gustaba ese asiento solitario, apartado de los demás, junto al motor, de frente al conductor. Era de madera vieja y estaba ahí para hacerle compañía y hablar con él durante el trayecto. Entonces no existían carteles de prohibición en casi ningún sitio. Ya se sabía de antemano lo que se podía y lo que no se podía hacer.

Además, no había tanto miramiento con las normas; pocas y sin concesión. Creyó recordar que algunos de ellos hasta fumaban mientras conducían. Algunos le daban conversación, otros no. Él los admiraba en silencio hasta que alguno le decía «¿Qué, chaval? ¿Te atreves a llevarlo?» y Mario se ponía muy colorado para decirle —solo con la cabeza— que no. Le gustaba mucho conducir, pero desde que su padre los dejó, era su tío el que le permitía coger el coche muy de vez en cuando, sentado en sus rodillas por aquella

carretera cortada del extrarradio. Y había algo que no le dejaba disfrutar de esos momentos. Prefería mil veces imaginar que conducía aquellos viejos cacharros amarillos que le llevaban a cualquier sitio del centro y cuyo final de línea era la diversión de las mañanas de verano en la piscina de Helios. Allí donde Antonio le aguardaba hoy con pose obligada y tensa.

Uno de esos conductores le trataba con mucho cariño y ya sabía distinguirlo de lejos antes de que llegara a la parada junto al bar El batallador, donde lo esperaba todas las mañanas de aquellos veranos en que las fechas del calendario no importaban. Había unos coches más modernos, con sillones de escay de color azul cobalto. Pero siempre deseaba que fuera uno de esos, de los Mercedes viejos y rechonchos, y a poder ser con aquel señor canoso que le daba la mano al entrar y decía «¡mi amigo, siéntate conmigo!». Le gustaba ver de cerca cómo cambiaba de marchas y manejaba la vieja caja de monedas y recordaba muy bien cómo hablaban por el camino y lo bien que le hacía sentir...

Iban camino de ese club deportivo que hay en la orilla del río, donde años después descubrió la adolescencia a bocajarro, a través de los juegos más fogosos que dispararon el dolor de sus músculos añiñados y le hicieron sentir las primeras angustias de la inocencia robada. Aguadillas infames, dobles sentidos que le daban de lado y un sinfín de pequeñas heridas de guerra.

Mortificaciones en silencio para caminar hacia otra parte insalvable. Poco a poco, se pudrió en esas afrentas y creó sus propias expresiones burdas, sus piruetas para ser alabado y aprendió a traicionarse con tal de ser aceptado. Y en esta mañana de agosto ese era de nuevo el punto de partida hacia otro camino.

Y en esta mañana fue consciente por primera vez de que siempre había cruzado ese puente para buscar emociones y situaciones que le habían desbordado y muchas otras le habían hecho sufrir por no lograr entenderlas a tiempo. Y ahora vivía a su vera sin reparar en su nombre, su dirección y sus intenciones.

Pero hoy las emociones se habían quedado medio paso atrás. Un suspiro suficiente.

Allá abajo, su hermano Antonio bromeaba en la distancia diciéndole con sus aspavientos que por qué no montaba en su bici y bajaba a la explanada donde habían quedado; más rápido, más diligente, más sumiso. «¡Vaya manera de empezar!», parecía decirle con sus muecas, pero no sabía que debajo de sus pantalones cortos ya llevaba puesto el maillot y todo obedecía a unas intenciones que no pensaba explicarle, porque a él esto le parecería cosa absurda.

Más tarde llegaron Rodrigo y sus amigos, no más de cinco minutos después. Agradeció que viniesen tan rápido porque la conversación con Antonio hacía ya fechas que había perdido alegría y complicidad y no podía evitar un cierto malestar por su actitud de terco desprecio ante ese viaje y sus expectativas que Mario comenzó a alimentar hacía un buen puñado de años.

No conseguía recordar el primer impulso, ni tan siquiera ese momento en que, en sus adentros, tomó la decisión de hacerlo, tarde o temprano. Un artículo de periódico, una conversación, quizás la procedencia de un amigo de aquellas tierras, una imagen de televisión...

No encontraba el origen. No estaba seguro de nada de ello. Solo recordaba una y otra vez una noche de verano, cerca de la Plaza San Braulio tomando un helado de vainilla, sentado en un banco del bulevar, y las enormes ganas que en aquel momento le invadieron al hablar del tema con Antonio y otro par de amigos.

No venían de ninguna parte en concreto. Era una de esas veces que uno se ve defendiendo algo sin saber muy bien el porqué. Recordaba vivamente la vehemencia con que apoyaba la idea de hacerlo y cómo le molestaron las chirigotas y comentarios de burla hacia la trascendencia que encerraba la aventura para los que hablaban o escribían sobre ella.

Era curioso cómo en esas situaciones descubría una y otra vez que sus amigos se habían hecho una idea estereotipada, a la vez que muy lejana, sobre una faceta muy concreta de su personalidad.

Por alguna razón que no alcanzaba a entender entre ellos circulaba la idea, ya inamovible, de que él era creyente y por añadidura algo más inocente que ellos. Lo utilizaban de forma que se sintiera como el hermano tonto al que le dan los papeles de los caramelos con forma pero vacíos, y aquello le exasperaba un tanto, ya que nunca supo la procedencia de tal suposición, que no podía revocar ni con argumentos ni con acciones.

Pensaba Mario que a veces se instalan en el cuarto de estar de uno las ideas de otros y resulta imposible ser otra cosa que lo que te han otorgado de forma tan simple y ramplona. Comienzan siendo algo jocoso y llamativo que no atiendes a comprender por qué ha llegado a ser parte de ti. Solo las habías dejado pasar hasta ahí por cortesía, como una visita más y, para cuando quieres desembarazarte de ellas, ya han tomado una habitación de la casa y vivirán contigo el resto de tus días, aunque no lo desees. Así se sentía Mario con su papel de beato para el pueblo.

Siempre fue el religioso del grupo cuando nunca le dedicó más de dos minutos seguidos de su existencia a la reflexión de su propia condición. Ni tan siquiera le dejaban defenderse ante tan absurda imposición y siempre generaba miradas cargadas de sorna y escepticismo cuando intentaba abordar el tema.

Al final ya ni peleaba por ello, a excepción de aquella noche que intentaron menospreciar aquel viaje, atribuyéndole causas económicas para justificar su existencia. Se rebeló y todavía se pregunta de dónde salió esa ferocidad. Él no era así. Nunca alzaba la voz ni se encaraba con nadie para defender sus intenciones, sobre todo con Antonio, pero aquello le alteró sobremanera y todavía le sorprendía esa reacción años después.

Tampoco supo qué le arrastró a comprar aquella primera guía sobre el viaje con sus mapas y perfiles. Libro maldito que pasó por muchas manos y nunca cumplió su misión de servir de guía a nadie. Su último dueño fue su hermano Rodrigo, al que se la prestó en una salida a San Mateo, una mañana de domingo, y no le dedicó ni un minuto a su lectura. Siempre sospechó que se la dejó olvida-

da en el bar donde desayunaron antes de emprender ruta y jamás la recuperó. Jamás quiso saber.

El año anterior todo quedó en proyecto truncado con más compañeros de viaje y los mil tropiezos que impedían su buena marcha. Allí donde Rodrigo y él desayunaban antes de salir juntos fue donde comenzó la preparación fallida. Recordaba Mario el momento en que les hicieron una foto antes de partir en la primera excursión con los chavales de aquel colegio que pretendieron enrolar en aquella conquista, cuando todavía andaban conquistándose a sí mismos en lo más elemental. Era la puerta de ese bar donde quedaban con ellos. Al principio más de quince, luego doce, diez, ocho... nada. Un año después Mario le daba a Rodrigo ese libro maldito y el lugar hizo el resto.

*

Eran las nueve y veinte de la mañana del cinco de agosto del 2005 y por fin estaba subido en esa furgoneta con las bicis atadas en su techo, camino de Puente la Reina de Jaca con sus dos hermanos, dos extraños y un perro.

Y *su hueco particular*, ese que se había formado misteriosamente entre su pensamiento y su emoción, le decía que aquello no merecía su atención, ni los formalismos que esa situación requería.

Antonio monopolizó la conversación y en el fondo a Mario le estaba haciendo un gran favor como casi siempre. Después de un par de frases de cortesía y algún comentario entrecortado se fue sumergiendo en un estado autoimpuesto de silencios para aprehender todo lo que estuviera a su alcance. Nunca un viaje significó tan poco para él como aquel desde su ciudad al punto de partida.

Por la sombra que proyectaban las bicicletas amarradas en lo alto de la furgoneta veía la medida de la Virgen del Pilar que un día entró a formar parte de la suya sin mucho convencimiento. Absurdo gesto el de colocar un trozo de tela en el lugar donde debería ir la bolsita de herramientas que un día voló bajando un sendero de Santa Fe.

Gestos como este, tan involuntarios como llamativos, son los que él suponía le habían granjeado la fama de creyente sin serlo. Un cierto pensamiento mágico, absurdo e inconsciente que hace sustituir la defensa humana por la divina. No recordaba ni tan siquiera quién fue el que la colocó al ver el desaguado de la bolsa rota sin remisión y Mario no le dio ningún valor, pero tampoco se atrevió a quitarla. En aquel instante deseó que no saliera volando por la inercia del viaje y pensó que eso distinguía su bici de las demás, tal vez su intención de la de los otros.

Debía permanecer allí para que las cosas salieran bien. En este pequeño juego de observación y suspense pasó buena parte del viaje, ya que no quería luchar con el megáfono que su hermano mayor tenía instalado en alguna parte de su anatomía y que le hacía hablar con el mismo volumen allá donde estuviera, ya fuera un campo de fútbol o en mitad de una proyección en el cine...

Eran los amigos de Rodrigo esas gentes que pertenecen a un mundo al que nunca Mario accedió. De mochila, montaña y música *ska*, se les veía mucho más conectados a las cosas prácticas y a Mario se le asemejaban a una escultura de Chillida. Fuertes, sin concesiones ni miramientos. Le solían dejar sin habla. Había una distancia abismal entre su mundo y el de Mario, más neurótico y urbanita. Con estas personas siempre tenía la sensación de que le separaban millones de años de historia.

Eran buena gente, pero no llegaba a ellos ni ellos a él. Hablaban de ordenadores, de colegios y de otras muchas cosas, pero a él le parecían gentes de otra época a los que las angustias y las sinrazones de sus días no les habían dejado ninguna huella, rebotando en la superficie maciza, con alguna beta casi lírica sobre su piel siempre curtida. Piel que le hablaba de su condición humana, pero a la vez le aturdía y descolocaba cuando trataba de averiguar qué albergaba en su interior.

Antonio enseguida sentenció que eran ellos los que deberían hacer el resto del viaje junto a los tres hermanos y no los que se iban a añadir días después. Y una certera sensación de desamparo

le recorrió de arriba abajo al darse cuenta de que esa opinión tenía una rotundidad directamente proporcional a su desacuerdo con ella.

Guardó en el recuerdo muy pocas cosas de ese tránsito hacia el inicio: las letras amarillas del pabellón de hielo de Jaca, la luz del sol que amenazaba con ser muy dura para el resto del día, la sombra de las tres bicicletas proyectadas sobre la carretera... y la llegada a aquel lugar que iba a ser un sitio inolvidable, minutos después.

Mientras sacaron el desayuno a destiempo de las once y media, hablaron de la educación, de los chicos de hoy en día y de unos cuantos temas más relacionados con la labor cotidiana de Antonio. En ningún momento se entrometió en la conversación y ni tan siquiera tuvo intención de hacerlo. Tampoco fue invitado. Supo desde ese mismo instante que estaba muy solo en aquel viaje a punto de comenzar y que lo iba a estar el resto de los días.

Se levantó en busca de los servicios...

Y allí estaba él, en aquel baño de carretera, cuando se quitó los pantalones cortos que llevaba puestos la mayoría de días del verano en un alarde de descuido y meditada dejadez. Sacó el maillot con la cara impresa de Louis Armstrong y se lo puso con rapidez por un extraño pudor que siempre le acompañaba y, sobre todo, por lo infame del lugar.

Se miró en el espejo y pudo verse con todos los colgantes que hacía tiempo que acumulaban polvo en la caja que hacía las veces de mesilla de noche junto a su cama y que ahora volvían a estar en su cuello.

Miró sus piernas al calzarse las zapatillas de calas y le transmitieron más fuerza que en ningún otro momento de su vida. Finas, tensas y relajadas a la vez, seguras y dispuestas... Suavemente se fue diluyendo ese ruido de máquinas, sordo, de fondo. Ese miedo que retumba en el interior de una piel hecha cáscara y que se había exacerbado en aquel lugar.

«¡Ahora sí!», pensó... Comenzó a darse la crema de protección para su debilísima piel de aristócrata venido a menos cuando en-

tró Rodrigo. Tener seis años menos que Mario le hacía hablarle con una extraña mezcla de acercamiento y desconfianza. Nunca lo llegó a entender del todo. Y como casi siempre su frase le sonó a mitad de dos caminos: entre la euforia y la frustración.

—¡Venga, que ya nos vamos!

Al salir el sol mordía y cada minuto que pasaba, la temperatura parecía subir un grado o dos. Rodrigo cruzó la carretera y vino con un mapa de la ruta pese a que Mario les había hablado de que tenía fotocopiadas las primeras etapas en unas hojas que había sacado de Internet, pero Rodrigo no reparaba en esas cosas; él actuaba.

Se hicieron unas fotos antes de despedirse de los amigos de Rodrigo y sin sentarse en el sillín empezó a pedalear muy, muy lento... Desde el primer momento la mochila pesaba demasiado.

PRIMERA PARTE



CAPÍTULO 1

DE AGUA Y ARENA

Ahora Mario lo sabía. Cruzar aquel puente fue un acto de irresponsabilidad, tan extraño como abrumador. El sol cegaba con una luz blanca y difusa dándole a esa situación un halo de irrealidad que enseguida se apoderó de cada uno de sus momentos. Nunca tuvo la sensación de estar haciendo una excursión en bicicleta como tantas otras. Aquello no era su mundo, o el que él recordaba al menos. Sudaba en exceso para haber dado doscientas pedaladas. Le faltaba líquido mullido, silencio acogedor y todo estaba exacerbado.

Desde el mismo instante que transitó entre aquellas piedras viejas y rugosas del puente cargadas de golpes, no pudo agarrarse a ninguna sensación pasada que le tranquilizase o le hiciera sentirse dominador de la situación. Simplemente era imposible. Fue para él como estar desnudo encima de la máquina, tan solo con las zapatillas que hacían de agarre a algo material que era desde entonces parte inseparable de su ser. Era él mismo, pero frío, nuevo, torpe y desprotegido.

Todo le parecía inmenso, aterradoramente nuevo y amenazador. Lo primero que hizo al girar a la derecha fue quitarse desarrollo.

Su plato grande y piñón cinco, ese que se había convertido en su compás eterno, tan interiorizado como su sístole-diástole, quedaban fulminados por su mano temblorosa. Algo salvajemente instintivo le hizo *refugiarse en tablas* y esperar el descabello, simple e intrascendente. Todo se le vino encima de repente, sin más...

Hasta que gritó. Los tres gritaban más que hablar en una especie de catarsis colectiva. Sus proclamas estaban vacías de toda intencionalidad. Solo eran latigazos de miedo, jirones de palabras bravuconas con corazón de espanto. *¡Qué pasada! ¿Cuánto queda? ¡Esto ya está hecho!*

Se colocó entre sus dos hermanos como intentando guardar una jerarquía que a ninguno de ellos importaba lo más mínimo. Enseguida Rodrigo se puso por delante, aunque fuera el más pequeño, y Antonio permaneció en último lugar, aunque fuera el mayor, observándolos en silencio. Y se quedó atrapado entre los dos.

Aquello le recordó por unos instantes que Antonio siempre decía que él nació entre algodones y que su madre se encargó de no quitárselos nunca. Repetía una y otra vez que era «flojo, pero con clase, como un aristócrata venido a menos» y nunca supo si esa forma de hablar encerraba más admiración que envidia o era justo lo contrario. Era muy complicado para Mario descifrar qué se escondía detrás de sus palabras.

Instintivamente adelantó a Rodrigo.

Fue Antonio, siempre él, el que tomó la decisión de que este año harían el viaje que tanta ilusión le hacía a Mario, aunque a él no le importase lo más mínimo, como no se cansaba de repetir. Pero las decisiones las tomaba así, sin previa consulta ni análisis aparente.

Trabajaba Antonio como tutor en un aula-taller de menores, manejándose con un rosario de problemas familiares, negligencias incomprensibles, asuntos de drogas y demás destrozos ante los cuales solo cabía la actitud que él adoptaba o así le parecía a Mario. Entre el escepticismo y la dedicación más abnegada. Entre el enfado existencial y la ilusión más primeriza, entre la exigencia exacerbada y los gestos más compasivos. Todos le llamaban «el sargento de hierro» sin saber la mayoría que ese apodo pertenecía a una vieja película de Clint Eastwood que en nada merecía al verdadero sentir de su hermano.

Su radicalismo y rigidez aparentes eran solo eso, un espejismo de coraza y cobre que no hacían más que convertirlo en alguien tierno y amargamente adorable.

El año anterior Antonio había intentado esta aventura, que tan infructuosa le parecía de antemano, con algunos de los chavales de su grupo de terapia deportiva. Su rudeza, la falta de medios y la escasa capacidad para disimular y contemporizar con los errores ajenos hicieron el resto y todo quedó en nada. Varias salidas de fin semana, riñas, discusiones, un «ya lo decía yo» y algún chaval que a partir de entonces fue visto montado en bici para ir a la escuela-taller. Mario se lo comentó, esperando en él un atisbo de reacción complaciente, pero esto no le parecía suficiente logro. Casi nada se lo parecía, de hecho, y consideraba aquello como un fracaso en toda regla.

Ahora Antonio le decía una y otra vez que iba a hacer este Camino para probar si se podía volver a intentar con los chavales «que para nada se lo merecen» y para que Mario cumpliera ese deseo con el que se había comprometido, cosa que Mario no conseguía recordar.

Fue él, Antonio, quien invitó a Rodrigo a que los acompañase. Nunca se habían juntado los tres hermanos para nada en común, ni tan siquiera de pequeños, pero esta vez quiso que así fuera y Mario siempre tuvo la sensación de que no quería estar con él a solas más tiempo del que pudiera controlar. Rodrigo aceptó encantado, aunque él solo utilizaba la bici para ir por la ciudad, entre coches y a un ritmo frenético.

Antonio y Rodrigo se llevaban casi diecisiete años, pero cuando estaban juntos Antonio rejuvenecía diez. Hablaban siempre en un tono de adolescencia tardía, criticando todo lo que les rodeaba y mofándose hasta de su sombra. Llamaba mucho la atención en el hermano mayor, muy lejos del educador peleado con el mundo que tan bien interpretaba en su vida acumulada...

*

Por aquella larga vereda y con los Pirineos amenazantes, abrumadores, vigilándolos a su derecha, marchaban insignificantes y desorientados. Descubrir las flechas de color amarillo, las señales de ruta y sobre todo aquella primera estaca con el signo del Camino supuso la primera sensación de realidad tangible a la que agarrarse y poder asegurar que aquello estaba ahí por ellos, como un abrazo simple y templado que acallase su llanto primerizo. «¡Vamos bien, vamos bien!», decían medio en broma, medio en serio. «Menos mal que llevamos a Rodrigo, que si fuera por nosotros...», repitió varias veces Antonio.

Antonio nació a comienzos de los años sesenta. Iba para banquero como su padre, o mejor dicho, como su padre había decidido que iba a ser, pero pronto demostró una fuerza indomable por salirse con la suya e imponer su criterio contra toda intención. De pequeño no paraba de hablar y de jugar al fútbol a todas horas. Poco a poco fue cambiando hasta convertirse en un muchacho muy callado, con su traje cruzado azul marino, siempre el mismo traje demasiado grande, y las botas viejas de fútbol que lo acompañaban a todos lados. Incluso cuando se calzaba los zapatos con hebilla plateada para acompañar a su padre a la oficina y hacer las prácticas, a Mario le daba la sensación de que escondía las botas en aquella maleta negra tan desproporcionada y ridícula con la que intentaba aparentar seriedad y profesionalidad, pero que le daba un aspecto chistoso, como de vendedor ambulante cargado de dignidad y fracaso. Siempre repetía las mismas frases que su padre, a veces con un soniquete medio histérico, a veces abatido, otras aterrado, las menos, ausente.

Por aquel entonces Mario llegó a pensar que su hermano era su padre sin alma, como aquellos seres de los que le hablaba el Padre Félix en clase de Religión, que vagaban en no se sabía dónde por su mal comportamiento sin saber quiénes eran o qué vida habían llevado. Y eso, allá por sus ocho años, acudía a su mente una y otra vez hasta angustiarle en un pensamiento concéntrico sin solución.

Solo cuando hablaban de fútbol se podía distinguir a dos personas diferentes. Discutían, incluso reñían. Que si Cruyff, que si Amancio, que si Neeskens, que el fútbol alemán sí que era fútbol, que si no... Solo ahí veía a su hermano sonreír y mover los brazos con flexibilidad y alegría; pero no durante mucho tiempo, justo hasta que su padre decía basta y golpeaba con la palma de la mano abierta sobre la mesa. Una sola vez, seco y brutal, sin sentido alguno. Mario no entendía aquellos giros al infierno con los que su padre manejaba a su hermano a su antojo. Y su hermano volvía a coger su maleta y arrastrar sus zapatos de hebilla que parecían grilletes un día tras otro.

Así hasta los dieciséis. Hasta aquella tarde de sábado aburrida y silenciosa con olor a caramelo líquido de flan que su madre hacía cuando los veía tristes o alicaídos. Aquella tarde en que todos guardaban un silencio profundo y distinto. En que cada uno callaba por una razón diferente, pero igual de eficaz para crear el escenario vacío y previo donde el tiempo deja de retumbar en sus interiores. Aquella tarde en que vio a su hermano golpear a su padre con todas sus fuerzas y a este no responder. Ahí todo cambió.

Cuando le preguntaba sobre aquello, Antonio siempre le daba la misma respuesta categórica y evasiva: «Tú no lo entenderás nunca, pero las cosas son así». Al principio insistía una y otra vez en averiguar qué ocurrió entre su padre y Antonio, pero poco a poco fue cediendo ante la obstinación de las frases y gestos. Llegó un momento en el cual su hermano se anticipaba a sus preguntas y descargaba sobre él todas sus sentencias programadas antes de que abriera la boca... y Mario dejó de insistir.

Cuando hablaban de aquella época podía descubrir en la comisura de su boca una mezcla de ira y temor que las palabras no llegaban a disimular. Sus ojos se estancaban en el vacío y sus automatismos se apoderaban de él de manera irrevocable. Luego acababa su monólogo con alguna referencia futbolística sobre aquellas tardes en el Parque Primo de Rivera, siempre igual, sin variación alguna,

todo atado y bien atado. Tan atado como la decisión de emprender el Camino ese año y no otro. O ese año o nunca. No porque apeteciera sino porque tocaba...

*

Al dejar aquella vereda entraron en un terreno mucho más incierto que desnudó sus carencias encima de las bicicletas. Mario cada vez iba más lento y tímido ante tanto sube y baja. Rodrigo arriesgaba sin parar con su bicicleta híbrida de grandes y finas cubiertas. Y Antonio, que dijo que su única meta en este viaje, el cual no le iba a aportar apenas nada, era no echar pie a tierra en ningún momento, descabalgó a la primera de cambio en aquel riachuelo inoportuno e inexplicable. Les había repetido tantas veces aquello de «su única meta» que no pudieron evitar la mirada cómplice y socarrona entre Rodrigo y él, navegando entre el regocijo de la pequeña venganza del destino y la liberación de aquella apuesta opresora.

Si llevas diez kilómetros y tu única razón de ser se esfuma quizás aquello sirviera para tomarse el resto de forma más distendida, pensaron y desearon a la par sin decirse nada.

Más adelante salieron a un entramado de ramales señalizados que siguieron con una fe ciega hasta el punto de parar en una de esas flechas de color amarillo maravillados con su labor de guía de su desconcierto. Echaron la primera foto del viaje con la cámara de Rodrigo.

Mario pensaba que esas fotos que uno se hace junto a un monumento, o junto a un cartel que da nombre al lugar que visitas, o aquellas más temerarias que embarcan a personas de carne y hueso que no se conoce de nada y cuyo único pecado es ir ataviado con un traje representativo del lugar, lugar cuya historia se desconoce por completo, esas fotos quejosas e insulsas son pequeños alaridos sordos de vulgaridad que matan silenciosamente la singularidad del momento para convertirlo en un aquelarre cultural que aborta toda intención de acercamiento respetuoso hacia el viaje o el lugar.

Sin embargo, descubrió junto a esa señal amarilla, que luego verían hasta la saciedad, una segunda misión oculta y no menos verdadera de esta especie de esperpénticos retratos de lo obvio. Algo más profundo e instintivo. Y no era otra que aplacar el miedo a no saber qué hacer, cómo comportarse, hacia dónde continuar el camino. Miedo a dejarse inundar por las sensaciones y los estímulos de un nuevo lugar que los hábitos y rutinas no tiranizan. A quedarse quieto como si no pasase nada. Otra manera de huir. Aquella vez necesitó ser «El conquistador» de extrañas calzas azules agarrando la señal en gesto de dominio para acallar el terrible pavor ante lo desconocido de la ruta y su inmensidad apabullante.

«Estoy en el camino y no nos vamos a perder», parecía decir su gesto altanero cuando Rodrigo dejó la cámara sobre el manillar de las bicicletas puestas en inverosímil posición de equilibrio, como de trípode improvisado. Fue corriendo hacia ellos dando pequeños saltos y los apartó bruscamente para coger el sitio central de la instantánea y rodear los cuellos con sus brazos hasta provocarles una mueca ridícula mezcla de asfixia y sonrisa forzada.

—Ya está. Sigamos —dijo Antonio una vez cumplido el trámite con tono antiguo y gesto contrariado, como aquel que iba en tiempos pasados a que le renovasen el carné de identidad y trataba de sacarse la tinta de la huella dactilar con esas ridículas toallitas que daban...

Rodrigo ya había montado en la bici hacía unos instantes; todo lo hacía muy rápido, mientras Mario permanecía paralizado en el mismo lugar de la fotografía con la cabeza agachada.

—Venga, no te quedes ahí que te vas a cansar de ver señales como esa —masculló Antonio.

Montó en la bicicleta como un autómatas pendiente de cada uno de sus pasos.

Llevaba dos enormes avispas en su maillot a las que no tardaron en unirse otras dos más, una en el cuentakilómetros y la segunda sobre sus nudillos de la mano izquierda.

—No te muevas y se marcharán —dijo Antonio.

—Dales un manotazo —reía Rodrigo que no paraba de dar vueltas a su alrededor.

Recordó fugazmente aquel otro día, en aquel otro viaje de verano junto a unos amigos, cuando ocurrió un episodio parecido y decidió observar al insecto detenidamente sobre su mano hasta que voló a otro lugar. Recordó aquel placer de sentirse observado por los demás y con aquel pequeño riesgo amenazante entre sus dedos. Poder detener por un instante el transcurrir habitual de las cosas y dominar aquella situación con un gesto impertérrito de autoridad. Hoy eran cuatro y fue la posición de los insectos sobre él y la bicicleta lo que le animó a seguir la frase de Rodrigo y no la de su hermano mayor, al que en las demás ocasiones seguía fervorosamente. Mano, cuentakilómetros, piernas y corazón.

Ahí estaban cada una de ellas, inertes, señalando las cuatro partes de la geografía concreta de Mario para los siguientes días. Parecían adormecidas, como aturdidas por el sol y el calor que desprendía aquel lugar. Primero sacudió la de su mano para apartar la del manillar con el mismo gesto de ida y vuelta. No volaban y entendió que su intención no era atacarle, así que, con más calma y ya pedaleando, quitó las de su cuerpo con menos miedo y más pena. Cayeron al suelo y solo entonces un ligero escalofrío sacudió su cuerpo.

Siguió pedaleando, pensando en ellas como parte de un decorado de ficción puesto ahí solo para él, para darle sentido a ese sueño en el que se encontraba inmerso, como en esas viejas películas de cine negro con los dos protagonistas montados en un coche oscuro salpicado por mil puntos de luz, moviendo el volante de manera desproporcionada y con un fondo de carretera que no se correspondía con la dirección trazada. Le divertía y tranquilizaba pensar en que todo lo que estaba viviendo era un gran decorado de una película y que la situación estaba bajo el control de un malhumorado director que en cualquier momento gritaría eso de «*coooorten*» y podría bajarse de la bicicleta para ir a tomar un refresco fuera de aquel plató donde hacía tanto calor..., demasiado calor.

Tanto calor que después de aquella pequeña bajada se tiraron como posesos a por el primer árbol que les ofreció un poco de sombra.

No debían llevar más de dieciséis o diecisiete kilómetros, pero al quitarse las mochilas se dieron cuenta de cuánto iban a sufrir por su culpa y por no hacer caso a Rodrigo, que fue el único de los tres que llevaba una parrilla supletoria para amarrar sus pertenencias. Antonio se empeñó en que para solo tres días de ruta sin asistencia no hacía falta acoplar nada a sus bicis de montaña y «llevando una pequeña mochila con lo imprescindible, nos las apañaremos sin problemas».

Lo imprescindible eran demasiadas cosas como para llevarlas a las espaldas tres días seguidos. Al mirarla por primera vez y dejarla en el suelo junto a aquel árbol solitario, Mario comprobó que ya estaba empapada por el sudor, y que sin haber hecho ningún esfuerzo le había cedido una buena parte de sus reservas a ella y que le iba a robar muchas más sin él poder evitarlo. La necesitaba como un bebé que necesita los pañales incómodos que le aprisionan y no le dejan moverse a sus anchas, sin ninguna guía ni intención. Luchar contra ella era absurdo e intrascendente porque a la vez se había convertido en su martirio y en su protección. Sacó de su interior las bolsas de frutos secos con un gesto de rabia contenida, castigo inconsciente que le infligía por convertirse en una necesidad tan opresora, y comenzaron a comer y beber agua más allá de lo necesario, sin demasiada medida. En los últimos años se habían acostumbrado a consumir cada vez menos líquido en las salidas y escasamente algún alimento sólido.

Recordaron en voz alta aquellas primeras rutas en que todo les parecía enorme y necesitaban parar cada dos por tres para beber y comer frutos secos y onzas de chocolate en grandes cantidades. Poco a poco y de manera muy natural fueron limitando la ingesta hasta que en los últimos años llegaron a realizar excursiones en que solo se hacía imprescindible el café en el pueblo de destino. Incluso en verano el botellín volvía casi lleno como si fueran seres

huecos, de arena flotante en su interior después de la inercia de tantas pedaladas sobre las pistas de tierra. Como si fueran parte del paisaje árido y hosco de las rutas mil veces atravesadas, el agua y los frutos se volvieron innecesarios... Hasta ese día, una y media de la mañana, unos treinta y cinco grados de temperatura y la terrible necesidad de volver a comer como si fuera la última vez, o la primera. Todo resultaba extraño.

Así los vio aparecer por la recurva en bajada que llevaba hasta su oasis improvisado. A Rodrigo lo pilló como él decía «hermanándose con la tierra» y ofreciéndole sus líquidos sobrantes como solía hacer en cada parada siempre que podía. Antonio estaba de espaldas a su llegada y Mario de frente, sentado en el suelo con la bolsa de almendras en su mano, como en una sala de cine.

La primera pareja de peregrinos que avistaron apareció de manera casi onírica, caminando muy lentamente, pero sin fatiga, más bien con un tono de sosiego y calma interna que los dejó sin habla. Parecían un padre y su hija de no más de doce años. Eran extranjeros, saludaron amablemente y no pararon en su parsimonioso caminar. Entre ellos no hablaban, pero parecían muy conformes con esa situación. Se diría que estaban muy acostumbrados a esa actividad y que aquello les era muy familiar.

Nunca pensaron que la primera señal de vida humana que iban a encontrar fuese esa combinación tan inusual, lejana y, por alguna razón, ligeramente molesta. La situación empezaba a parecer fuera de toda rutina. Comentaron lo extraño que se les hizo ver a alguien en aquel paraje perdido y Mario percibió claramente, como en un fogonazo de claridad manifiesta, que estaban fuera de los circuitos tradicionales de comportamiento, como si todo les fuese ajeno. Lo vio en esas dos figuras tranquilas y aisladas.

Cuando arrancaron de aquel lugar, Mario solo podía pensar en el agua del Pantano de Yesa, en alcanzar su amplia vista y refugiarse en ella, en su frescor... Los siguientes pocos kilómetros los hizo con más tranquilidad que los precedentes ya que se había buscado el primer referente. Tenía un referente, una necesidad:

El agua.

Pronto acabó esa pista de tierra para salir al primer cruce de asfalto.

La noche anterior había leído la doble posibilidad de rodear el pantano por sus dos vertientes y tenía la intención de hacerlo por el lado de un pueblo abandonado llamado Ruesta donde pasaron unas vacaciones de verano, hacía ya muchos años, y donde años después Mario acompañó a su hermano Antonio a una de sus múltiples excursiones con los chicos del taller ocupacional.

Rodrigo iba tan rápido que no hubo lugar a ningún planteamiento. En apenas unos minutos estaban cruzando por un pequeño puente uno de los extremos del pantano y tomaban la carretera que lo bordeaba por encima hasta el mismo pueblo de Yesa.

Fue muy brusco ese cambio de la tierra al asfalto y en pocos metros la temperatura pareció subir casi hasta los cuarenta. Se refugió en la visión alargada de esa mancha azul que se antojaba inalcanzable. Un azul nuevo, amniótico, espectral, químico, sabio, alegre, turquesa, irreal, acogedor, antiguo, equilibrador. Un azul infantil, sincero, esquivo, inocente, rápido, entero, determinante, acaparador, rotundo, fantasioso, idealista...

El ruido de los coches que los sobrepasaban una y otra vez le exacerbó por momentos, justo cuando Rodrigo les señaló con el dedo el lado derecho de la cuneta. Un enorme jabalí yacía en sus faldas con un gran boquete a la altura del costillar, sangrante y tenebroso, abatido y resignado. Parecía una herida fresca y reciente, con vísceras brillantes y todavía palpitantes. Quizás todavía estaba vivo o tal vez solo acababa de empezar a morir. Mario quedó tan perplejo ante tal estampa, tan opuesta a la del azul de su lado izquierdo, que enseguida comprendió la compañía contrapuesta de las dos imágenes entre las que circulaban cada vez a mayor temperatura.

Buscó de nuevo el agua y por un instante deseó estar dentro de ella y abrir su boca y sus ojos, muy lentamente, hasta fundirse en el silencio violeta de su fondo y llenarse por completo.

—¿Y si nos bañásemos un rato? —dijo buscando a sus dos hermanos que iban detrás de él por primera vez, pero solo pudo ver la silueta de Antonio, bastante encogido por el esfuerzo de las primeras rampas sostenidas en la carretera y con la tensión en sus mandíbulas que trataban de esbozar una sonrisa que no acababa de salir del todo...

—¿Y Rodrigo? —preguntó de nuevo a la vez que la respuesta acudía a él sin lugar a la duda.

—Anda, ve con él si quieres, que se te ha vuelto a adelantar como de costumbre. Yo os espero cuidando las bicis, que no se pueden dejar así a la brava; y además eso que hacéis está prohibido —dijo Antonio, al que le costaba hablar más de la cuenta por el calor que abrasaba cuando abría la boca; parecía más cansado de lo normal.

Cuando bajó por aquella rampa hasta la orilla del pantano parecía que Rodrigo llevase allí media hora. Se diría que se había bebido varios hectolitros de agua y que el pantano fuera suyo. Estaba desnudo y se tiraba de espaldas una y otra vez invitándole, o tal vez retándole a hacer lo mismo.

Se quitó las zapatillas y los calcetines, pero sin ningún convencimiento de imitar a su hermano en ese festín que se estaba regalando. Sabía que no iba a entrar allí dentro nunca más. Que la última vez fue aquella con los chavales del taller de Antonio, cuando montaron en canoa y se sintió tan bien en el centro del pantano, casi parado, con el agua que le rodeaba más allá de la vista, con aquella calma y aquella humedad de la tarde que se rendía. Y sabía que la sensación no se repetiría jamás y ahora no debía volver a sumergirse con Rodrigo.

Por eso no le causó ninguna decepción ver venir corriendo a aquella señora con los brazos al aire y gritando que estaban en zona privada una y otra vez como un mantra que la poseía sin re-

misión. Al llegar a su altura se cercioró de la desnudez de Rodrigo, mientras seguía intentando repetir en tono amenazante el mismo soniquete.

Pero esta vez resultó difícil contener la risa, porque al haber corrido y gritado a la vez, teniendo que parar de golpe, lo único que conseguía era emitir una especie de sonidos guturales muy agudos y desafinados que no conseguía acompañar con la respiración. Eso sumado a Rodrigo, intentando taparse y avanzando hacia ella de esa guisa, redujo la situación embarazosa a un absurdo absoluto en el que ni la señora conseguía amenazar, ni ellos transmitir el más mínimo respeto hacia ella.

Tuvo que ser Antonio desde lo alto de la cresta por donde accedieron a aquella zona, el que pusiera fin a la escena de opereta, disculpándoles y aprovechando la ocasión para hacer frente común con la señora y descargar sobre sus figuras toda una serie de demagógicas frases sobre la juventud irresponsable y los tiempos que les ha tocado vivir a la gente de orden y sensatez antigua.

Unos metros más allá se encontraba la zona de camping de la que procedía la señora, por donde pudieron volver a salir a la carretera, no sin antes dejar a Antonio que le contase su proyecto con pelos y señales mientras se tomaban dos refrescos cada uno.

Antonio hablaba mucho, muchísimo. Lo alternaba con otras épocas de silencio cavernoso. De pequeño era capaz de jugar al fútbol y hablar a la vez sin parar, incluso cuando tenía el balón en los pies. Solo callaba cuando tenía que tirar una falta o un penalti. Entonces se ponía muy serio, muy tenso, como si se jugase todo su destino en esa acción. Su sorprendente silencio generaba en los demás la misma respuesta basada en el estupor y el alivio inconsciente de verlo callado. Entonces chutaba y casi siempre era una enorme pifia. En su fuero interno sabía que su motor eran las palabras en torrente y que si se paraba a pensar no funcionaba. Por eso Antonio le contó de todo a aquella mujer hasta aturdirla, haciéndole olvidar la imprudencia y ponerla de su lado.

Siguieron por aquella carretera que se fundía bajo sus cubiertas hasta llegar al cartel que anunciaba que cambiaban de región; entraban en Navarra. Era la segunda vez que salían de su comunidad en bicicleta y el simple hecho del cartel anunciador le hizo sentir a Mario que definitivamente se abandonaban a algo incontrolable. Pero, lejos de amedrentarle, resultó ser una pequeña conquista que le insufló un ánimo inesperado.

Ahora sí que no había vuelta atrás. Ya se sostenían por sí mismos sin el amparo de la tierra que conocían. Las ondulaciones del terreno les obligaron a hacer otra parada más. El pantano se escurría por su rueda trasera como un plástico transparente enredado en los radios y a punto de soltarse. Todo se secó de repente, bruscamente y sin aviso previo. Pararon en un pequeño merendero...

No había nadie a excepción de aquel fantasma de arena.

Saludaron como se saluda a un espectro, sin esperar contestación alguna. Medía más de dos metros, iba cubierto de arena blanca de muchos lugares y su ropa pesaba como la de antes. Llevaba unas botas de forma inverosímil, con calcetines muy gruesos que le alcanzaban hasta la mitad de sus enormes tibias secas. La mole de su diafragma estaba cosida a un brazo excesivamente largo que acababa en madera procedente de un gran nudo de dedos imposibles de desatar. La madera de su brazo llegaba al suelo y se podían oír los millones de kilos de peso que descargaba por ese punto de su anatomía sobre la indefensa tierra. Encima de aquella montaña se vislumbraba lo que en otra época fue una cabeza, ahora maraña de pelos del color del vino blanco echado a perder por el olvido. Y finalmente sus cavidades oculares rellenas de agua gris...

Solo las pudo mirar por un instante, no se atrevió a más. Llevaba colgando de su cuello una concha y un lúgubre monedero de cuero marrón que se balanceaba sin parar, muy lento y sincrónico, aunque el fantasma permaneciese inmóvil. Intentaba verlos, seguro, pero eran insignificantes para él y solo suponían un extraño

rumor de viento para sus oídos. No daba miedo, porque no estaba del todo con ellos, solo les robaba el calor al observarlo y por eso ninguno se atrevió a hablar de ello jamás, aunque permaneció cerca durante un buen rato.

—Otro peregrino —musitó Antonio sin ninguna convicción, intentando bañar la situación con un halo de realidad que los protegiese.

Si le hubieran preguntado a Mario cuántos pasos creía él que el fantasma había dado por los caminos, no hubiera dudado en la contestación: «Más de cinco mil millones». Aunque entonces tuvo la certeza de que se encontraba atrapado en aquel lugar y nunca más saldría de ese merendero que anunciaba el final del agua estancada en aquellos ojos saturados y el inicio de la arena y el polvo de todos los caminos imaginables...

Comieron otra vez con más desazón si cabe y se mojaron en la fuente del merendero intentando aplacar el calor que no cesaba. Todavía quedaban unos quince kilómetros hasta Sangüesa y aquello empezaba a cargarles más de la cuenta.

Comenzaron a pedalear con esa extraña combinación de emociones que tantas veces se iba a repetir, parte de ilusión con ligeros retazos de euforia por avanzar en pose de conquista, parte de incertidumbre con alguna sombra de abatimiento por el desconocimiento absoluto del camino inevitable. Con las dos fuerzas rasgándoles sin miramiento, cada una tirando a un lado de la cuerda, tensa, recia y nueva, subieron aquel puerto inesperado en el que la prioridad era no convertirse en una mancha de sudor en mitad de la carretera intransitada de aquella tarde eterna e intransitable para nadie que llevase demasiados días sufriendo. Pero ellos acababan de comenzar a vivir y seguían con la vista fija en el horizonte, buscando el primer refugio donde abandonar toda conciencia de lo sucedido.

Rodrigo y Mario pusieron un ritmo constante, cansino y ligeramente tenso que Antonio no podía seguir. Cuando Mario se giró en una curva larga hacia la derecha, ya marchaba muy descolgado.

Para Antonio este inicio de camino no le había pillado tan fresco como a ellos y no entendía por qué. Más tarde les contaría que estuvo a punto de echar pie a tierra de la forma que más le costaba, en plena subida, con las dificultades llamando a la puerta. Al acabar les dijo que había agotado el desarrollo y que estaba al borde de la extenuación. La subida no era para ese sufrimiento ni mucho menos. Pero nadie se atrevió a hacer ningún comentario.

Fue cenando en el hostel de Sangüesa donde pasaron la primera noche. Antonio siempre contaba las cosas así, a bocajarro, sin emocionalidad ni desahogo. Les contó que llevaba seis noches sin dormir apenas, acompañando a uno de sus chavales en la casa de acogida donde acuden cuando hay problemas de verdad. Les contó una de esas historias suyas de violencia, falta de recursos materiales y situaciones inevitables en las que no hay nada que hacer, pero que «como suceden porque el ser humano es así, hay que atenderlas y ya está». Esa era la estructura de su discurso, siempre la misma, en la que él no era más que un funcionario hastiado que tenía que permanecer junto a aquel chico por las noches para evitar que hiciera «una gilipollez», esa era una de sus palabras favoritas.

Cuando les contaba estos episodios con ese distanciamiento y ese grado de resignación acartonada, no había lugar a establecer ningún diálogo al respecto. Una conversación de esas de tipo generalizador y balsámico que solo sirven para expulsar fuera de uno esa sensación certera de incapacidad y limitación para entender las cosas. Antonio no dejaba lugar o resquicio alguno para la huida a través de las palabras. Les regalaba esa caja hermética llena de amargura, insensatez y despropósitos de nuestra especie para que no supieran qué hacer con ella. Luego cambiaba repentinamente de tema y acababa todo. Nunca se quejaba, solo era su manera de excusarse por el sufrimiento de la tarde subiendo el Puerto de Javier y asegurarles que eso no le volvería a pasar de allí en adelante. Él no podía permitirse ser ayudado en ningún momento. Él estaba allí para seguir ayudándoles, para hacer realidad el sueño que no era el suyo, «una gilipollez, pero en fin...».

Acabaron de subir aquel puerto innecesario mucho más tarde de lo que habían programado. Ni tan siquiera pudieron entrar al castillo de la localidad, cerrado por obras de restauración. Parecía que toda posibilidad de disfrute les era negada en ese primer día de agosto, largo, sofocante y lejano.

Ver el cartel de la entrada a Sangüesa supuso un alivio muy ligero por la tensión acumulada y por saber que ese no era el final de nada. Solo era el comienzo de algo que no sabían muy bien si iban a poder resistir.

La larga calle Mayor que los llevó hasta el hostel estaba bañada de transeúntes que los miraban sin mucho asombro. Era mitad de tarde y el sol picaba mucho. Por eso entrar en aquel viejo edificio supuso la primera sensación agradable y sincera de toda la jornada. Dejaron las bicis en un almacén y subieron por unas escaleras estrechas y empinadas hacia las habitaciones. Las piernas a Mario le dolían más de la cuenta y estaban cargadas por la tensión y las emociones. Le costaba mucho andar.

Se repartieron las dos habitaciones sin mucho problema. Antonio debía dormir solo. Era al que más le costaba conciliar el sueño en lugares extraños y había pasado una jornada muy dura, aunque jamás lo reconociese.

Rodrigo se duchó primero y Mario le siguió utilizando el agua más fría que pudo, aplicándola directamente sobre sus piernas y su nuca durante un buen rato.

Al atardecer salieron del hostel para ir a sellar sus credenciales del Camino a un lugar que no mantendrían en el recuerdo. La tensión todavía pasaba factura y aquella tarde los recuerdos quedaron difuminados por ella. Hicieron algunas fotos y se tomaron un refresco en una plaza a la que se accedía por un enigmático pórtico plagado de chavales que distraían su aburrimiento.

Echaron a andar hacia el final del pueblo, buscando alguna pista para el día siguiente y encontraron una bella iglesia con un hermoso pórtico que les invitaba a refugiarse en él.

Entraron lentamente y la piel de la cara de Mario respiró por primera vez, relajándose en aquel olor húmedo, antiguo y sumiso que procedía de aquel hueco acogedor y dominante en su palidez y silencio. Se sentó con Rodrigo en uno de esos bancos para dejarse someter por sus formas y sus distancias, por los claroscuros y su arrogancia, por su amenaza latente y su protección austera.

Entonces cobró distancia de la mañana de Zaragoza y de la inmensidad de lo predestinado. Había pasado mucho tiempo desde que estaban tomando café en Puente la Reina de Jaca y miró sus piernas en aquel lavabo injusto. Pero allí adentro, sentado en el banco de la iglesia, respiró por primera vez sin agitación y pudo dormir con los ojos abiertos.

Salieron en silencio de Santa María la Real y Rodrigo se paró delante del pórtico a explicar que esa iglesia existía gracias a Alfonso I El Batallador y que era la penetración del románico aragonés en Navarra, y que los nobles de aquella época pagaban por ser esculpidos en las arquivoltas apuntadas y... Y Antonio ya no estaba ahí para escucharlo.

Porque echó a andar hacia el puente sobre el río Aragón por el que deberían transitar a la mañana siguiente y apostado sobre él, miraba hacia ninguna parte con la vista perdida en mitad de cualquier camino, con una expresión que contenía tanta rabia no admitida como conocimiento último.

—Es bonito esto, pero mañana tendremos que levantarnos a las siete y aprovechar el frescor que desprende esta zona más húmeda y así ganar kilómetros de manera fácil. Esta noche debemos echarnos pronto e intentar descansar mucho, porque las piernas hay que descansarlas sin estar mucho rato de pie y...

Después de cenar con buena gana algo de verdura y unas truchas, fueron a echar un café a un bar casi vacío donde la televisión marcaba el pulso de la escasa vida y les pareció que aquello que decían en aquel programa era completamente intrascendente, extrañamente distante.

Había pasado el día y nada sabían de él. Como si esa vida ya no fuese la suya. Casi no le prestaron atención. Rodrigo les contó que había hablado con una mujer del pueblo y que del desayuno de mañana se encargaba él porque le había dicho dónde comprar el pan tan temprano.

Se acostaron a las once.

—Buenas noches, Rodrigo

—Que sean buenas, marqués...

No hablaron apenas nada.